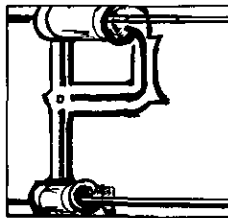


Ciudad imaginada*

ARMANDO SILVA **



Ciudad y nostalgia

¿Podemos recordar los primeros años de nuestras vidas en una fuerte relación entre la casa y la ciudad? El umbral de la puerta de la casa, límite para transponer el mundo privado hacia el público de la ciudad, podría ser esa frontera inquietante que resume los dos territorios fundamentales que han de acompañarnos durante toda la vida: el estar adentro (de la casa) y el estar afuera (en la ciudad). Cuando regresamos de un viaje a la ciudad de origen o de vivienda, con sólo ya entrar a la ciudad sentimos que entramos a la casa, pero si ya estamos en nuestra ciudad, nos falta entrar a la casa, para sentirnos verdaderamente adentro, en el interior.

Junto a la memoria de las huellas, aquella de impresiones corporales que se torna biológica, se habla de la memoria de las palabras, con su capacidad para verbalizar, inclusive el futuro; pero habría que contemplar, igualmente, la memoria de los muebles, de las cosas y objetos. Esta memoria mobiliaria encuentra una magnífica gama de diferencias, bien se trate de los muebles de la casa frente a aquellos de la urbe. Las primeras relaciones infantiles se establecen, por lo

* Entre 1988 y 1991, Armando Silva mantuvo una columna en el diario El Tiempo (Bogotá-Colombia) denominada 'Ciudad Imaginada'. De ella hemos tomado algunos ejemplos que ponen en evidencia la relación ciudad-comunicación.

** Filósofo y semiólogo. Profesor de la Universidad Nacional.

general, acompañados del afecto personal, guiados sobre proporciones manejables, dentro de objetos caseros hechos a la medida de un mundo de muy pocas personas, pues sólo se habita un entorno familiar. Cuando sobreviene la ciudad, el número de personas que nos rodea aumenta infinitamente, los muebles crecen, los ruidos y todas las sensaciones (con la excepción quizás del olfato) se agigantan hasta niveles, entonces descomunales.

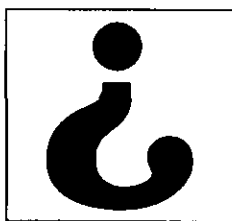
La sensación de ruptura entre la casa y la ciudad puede verse en su dimensión vertiginosa, si haciendo un esfuerzo de memoria verbal podemos recordar aquel día, cuando con motivo de cualquier conmemoración urbana (un desfile, la visita a la feria o a un parque), nos perdimos y entonces fuimos víctimas del horror al abandono: desde ahí, hasta cuando la mano del padre o la madre que nos encontró vuelve a estrecharnos, hemos realizado un viaje a través del cual empezamos a conocer un universo de instalaciones inmensas, de personas desconocidas que nos hablaban, de vitrinas y otros objetos todavía impersonales. Ese 'deambular por la ciudad' ya nos anunciaba ese mundo adulto de puertas para afuera.

Al evocar la infancia, entonces, se encuentra uno con las primeras imágenes de la ciudad, con sus cosas gigantes, su lenguaje impersonal, sus actitudes, sus ruidos, sus paseos sin rumbo y sus horro-

res. Al evocar la infancia se encuentra también con una familia, sus afectos, sus olores, sus proporciones manejables, su mobiliario y entorno a la medida. Si pensamos en las fantasías que construimos alrededor de la familia, como bienestar, seguridad, tranquilidad, eternidad y las comparamos con aquellas de la ciudad, inseguridad, desaffo, aventura, peligro o fragmentación, vemos que no es extraño localizar opuestos que se contraponen y afirman mutuamente.

Cuando hablamos, pues, de memoria urbana, no podemos olvidar que las cosas nos hablan, que los muebles tienen relaciones, que el lenguaje posee sus usos privados o públicos, que la casa dispone de un umbral que marca el afuera y el adentro, que desde la ciudad, desde afuera, podemos ver a nuestros padres que salen de la casa. De la misma manera con los padres se dan los primeros pasos desde la casa a la ciudad. La memoria urbana, de la que tanto se habla hoy, ha de remitirnos a una profunda relación con el pasado. Una especie de arqueología de la infancia que tiene que preservar-nos objetos físicos y darnos distintos medios para que la ciudad no sea sólo el cascarón abandonado o el recuerdo en palabras de que algo existió allí, pero desapareció: es así como podemos vivir el derecho a la nostalgia material.





Ciudades de 'tercer mundo'

Cómo llamar a las ciudades de los países terceros? «En vía de desarrollo» es, posiblemente, otra infamia porque es como decir que un día seremos como aquellas, desarrolladas; y, peor, es como afirmar que lo positivo está allí y lo negativo ronda por los lados nuestros. «Subdesarrollados» es una palabreja desagradable y mentirosa, porque mira lo económico y lo análoga a todos los ámbitos culturales. «Tercer Mundo» es una acepción negativa, pues también es un término fabricado desde los países centrales y se quiere significar lo mismo que subdesarrollados, feos o marginales. Pero 'Tercer Mundo' también puede ser una metáfora que indique lo alternativo, lo heterogéneo, lo otro, que no es parejo ni gris, ni uno. Precisamente tres.

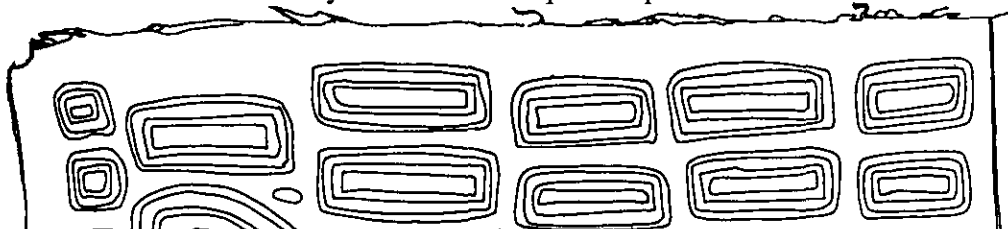
En términos culturales no existe un país más desarrollado que otro. No se puede decir, como lo expresa un articulista de este diario, que los conquistadores «nos salvaron del taparrabos» (y otros nos seguirán salvando de otras cosas). No hay, una cultura superior, como lo enseñan los modernos antropólogos, luego de desbaratar la etnocentría cultural que afirmaba el centro europeo sobre el cual giraban, como abejas en un panal, los demás, una cultura superior. Más bien hay modos de ser.

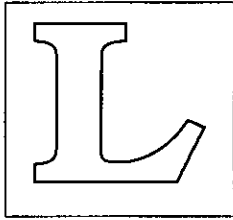
Pero la pregunta sobre que significa tercería vuelve ahora sobre el tapete, luego de la caída del muro de Berlín y luego de la caída de la ideología marxista que alimentaba en buena parte y de manera paradójica (pues el marxismo también habla de igualdades internacionales) las diferencias. El proceso hacia una sociedad y unas ciuda-

des homogenizadas por el mercado, se teme que sea ahora más acelerado.

Si la ciudad desarrollada es aquella del 'proyecto' se podría decir que la tercera es una ciudad interrumpida y lugar contradictorio del 'no-proyecto'. Varios escritores europeos, entre ellos Ugo La Pietra, dicen que «los países del tercer mundo son hechos de lugares que deberían mantenerse tales; mantener las grandes reservas de verde, los desiertos, los grandes lagos». Esta visión **central** y romántica sigue pesando en el gran mito de la selva y del paisaje natural con el que, inclusive, identifican nuestras ciudades. El problema del verde-tercer mundo es otra mentira. Es cierto sí, que lo que debemos mantener son las matrices culturales de nuestra diversidad cultural. Porque el verde y la selva y lo primitivo es un paraíso mental que todos los ciudadanos de aquí o allá nos inventamos.

Nuestro problema, entonces, no es cómo «colonizar la periferia», sino cómo «completar la ciudad», cómo la periferia que tenemos en el tercer mundo nos sirve para llenar los huecos de la centralidad primera. Cómo lo que el primer mundo homogeniza, lo diversifica la tercería. En este caso, las terceras opciones son todas las nuevas formas contra la centralidad, aún las producidas en el mundo desarrollado y hay que admitir que como expresividad, como plástica de la cotidianidad, el llamado tercer mundo se hace más expresivo. Es como decir que el tercer mundo le enseña al primero no sólo a desear sus grandes lagos y selvas, sino cómo ser otros, con fuerza expresiva que difiere e identifica. Los medios tecnológicos en el tercer mundo pueden ser una hipocresía respecto al primero pues sirven para igualarnos, pero también pueden ser material para expresar lo que nos pluraliza.





Cuerpo de ciudad

Las relaciones entre cuerpo y ciudad han funcionado desde los griegos clásicos. Ya estos pensadores transformaban metáforas políticas en metáforas corporales y hablaban, como Aristóteles, del cuerpo de la ciudad, de cuerpos cívicos para llegar de este modo a concebir la *polis*, la ciudad, como el lugar de la expresión de los cuerpos cívicos. El cuerpo, según se desprende de prácticas sacrificiales o del vocabulario de entonces, puede entenderse como un modelo de unidad territorial.

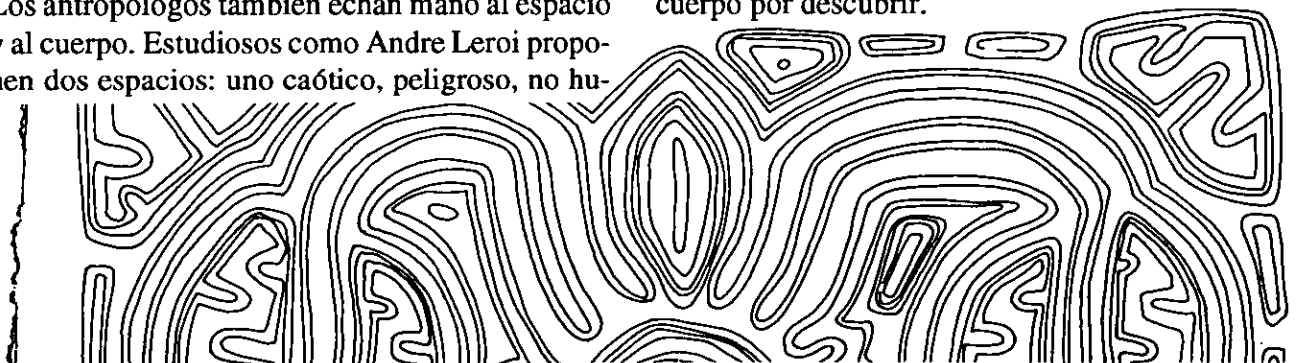
Psicólogos modernos vuelven a colocar el cuerpo como medida de espacio social y hablan, como lo hace Hall, de distancias como medida para saber como se concibe el espacio: entre 0 y 0,5 mt. se da el espacio de la intimidad (entre cuerpos y juegos sexuales); entre 0,5 y 1,5, el espacio personal (entre familiares o amigos) y luego hasta 6 mt. el espacio social (el que vivimos en una ciudad entre ciudadanos). Lo anterior significa que 'violar' una de esas normas, aprendidas por el uso social, sin que nadie nos las enseñe, puede conllevar a una inmediata censura de quien la transgrede. Se cuenta el caso del norteamericano que echa para atrás mientras un árabe le habla, luego de un encuentro fortuito por la ciudad, ya que mientras el buen gringo cree que debe existir una prudente distancia entre hablantes, el árabe meloso cree lo contrario y se siente a gusto en la cercanía del cuerpo con quien dialoga.

Los antropólogos también echan mano al espacio y al cuerpo. Estudiosos como Andre Leroi proponen dos espacios: uno caótico, peligroso, no hu-

manizado y otro el espacio del *habitat*, de seguridad, del orden, de la civilización. No obstante la ciudad de hoy, las muy civilizadas como *New York* o París, o levemente civilizadas como México o Bogotá, todas viven los dos espacios, el del orden y el del peligro. Esto puede extenderse a horarios diurnos y nocturnos, ya que de día cualquier rollo puede caminar orondo por la séptima del centro capitalino, cosa que no puede hacer con tanta gracia pasadas las 10 de la noche.

En fin, los cuerpos hoy sufren la presión y las contradicciones de la superconcentración de poblaciones entre estrechos límites de una ciudad. Los cuerpos angustiados ante el peligro, agobiados por el cansancio, agitados de emociones encontradas como descubrir una exquisita publicidad callejera con maravillosos cuerpos sensuales, enconcontrándose para el susurro nocturno, y enseguida ser conscientes del grito desesperado de una víctima que corre para evitar ser asaltada por otro cuerpo encapuchado.

Los cuerpos humanos y el cuerpo de una ciudad siguen complementándose en la medida que el primero ocupa el segundo y en este acto de ocupación aprende no sólo a vivir su aire, sino a soñar lo que la ciudad le puede ofrecer. Los límites de la ciudad se vuelven los límites ciudadanos y cada uno la usa de acuerdo a como el mapa interior de la ciudad le revela como posible. Franquear sus límites puede conllevar el castigo de quien vive un espacio prohibido, o puede también convertirse en un acto de creación y descubrimiento del lado otro de la ciudad. Así, la ciudad siempre parece un cuerpo por descubrir.



M

Estéticas urbanas

Mientras los galeristas y sus críticos de arte hablan de estética para referirse a sus obras que colocan en el mercado, y mientras los filósofos y teóricos entienden por estética una reflexión sobre la belleza como condiciones del gusto, de la forma, y como un modo del conocimiento humano, hay muchos otros ciudadanos que hablan y se dedican a la misma estética, pero de otro orden.

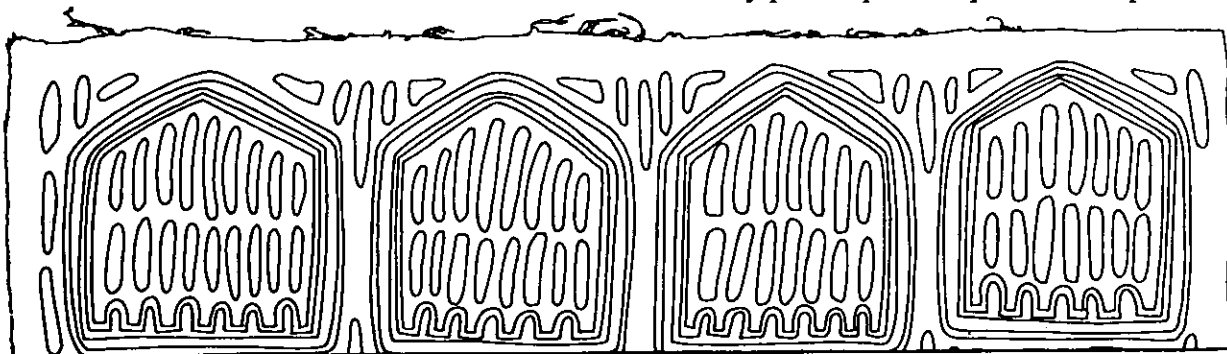
«Antes de ser perfume, era una leyenda de amor», dice el lema de *Cloé*, un producto estético de la industria parisina. «Ahora ande siempre en forma, con *Ever-Form*: a una mujer una flor», dice ésa empresa de ropa interior femenina en la Cali embrujada de lindas mujeres. La sección BELLEZA, es un capítulo obligado de las revistas de modas que cada vez circulan más, con distintos consejos sobre vitaminas antienvjecimiento, con verdaderas dietas de arroz con las 5 fases completas o con anuncios sobre peluquerías que «hacen el corte de cabellos de acuerdo con las facciones de su cara».

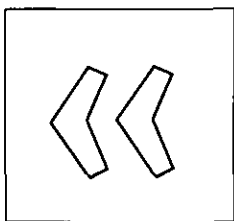
El fotógrafo callejero, el aficionado o el profesional, acostumbran pedir a sus solicitantes que se 'cuadren' de una u otra forma o que le regalen una sonrisa cuando pasa el pajarito, para conseguir una buena estética. Las señoras en sus casas le piden al decorador de cortinas que requieren un manto formidable para mejorar la estética de la sala, y los arquitectos, no ajenos a la disciplina, también

trabajan las fachadas de sus construcciones para lograr la buena estética pos-moderna. Y que decir de los médicos estétas, los más costosos de todos, incluso más que los psicoanalistas, pues trabajan con la zona más externa de todas a la vista pública, la piel, su epidermis y su óptima presentación: cuántas narices benditas le deben los colombianos o colombianas a estos maestros de la belleza respingada.

Pero también hay otras estéticas cotidianas. Los decoradores de carros que les colocan calcomanías, banderolas de sus equipos de fútbol, los choferes de buses y taxis con sus altares a la Virgen del Carmen, los sacerdotes que arreglan y pulen al 'Divino Rostro' y a todos los santos con los que adornan las paredes de sus iglesias.

En fin, la estética no es sólo una ni para unos, sino de todos y para todos. Ejerce un vasto dominio social, no se deja excluir ni permite que se use con fines excluyentes, ni que sea patrimonio especial de ciertos profesionales, artistas o mercaderes. La estética es democrática por naturaleza y vocación, tanto es así que aun los más feos, poseen su estética atractiva. Si no fuese así, si la estética fuese la forma culta que enseñan las academias, entonces a todos les gustaría lo mismo y el mundo sería muy aburrido. Pero la mujer o el hombre de los sueños de cada quien es uno muy especial, aquel que cuando aparece vuelve ciego de amor al pobre enamorado y por ciego y 'estetizado' deja de ver lo feo y los defectos de su pareja también vencida. El hechizo de amor tiene muy buena estética, la mejor de todas, pues satisface los sentimientos de belleza y placer que cualquier mortal profesa.





Cantos en la ciudad

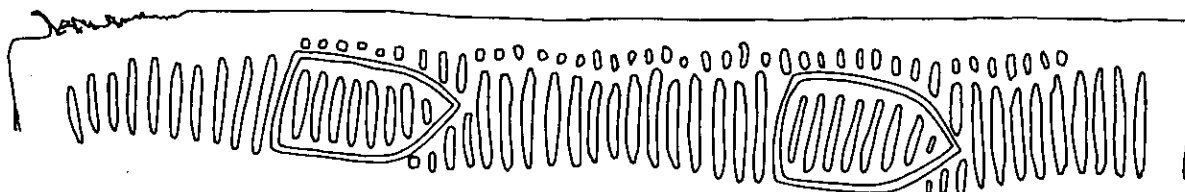
Alegría con coco y aní, para tíí y para míí, caserita cómpreme a mí que vengo del barrio Getsemaní...» Este es

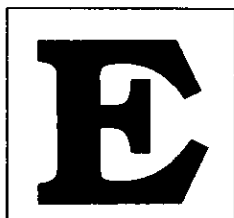
uno de los últimos pregones, importado de Cartagena, que ha llegado a las playas y calles de Santa Marta, integrándose al nutrido cancionero del maravilloso urbano, demostrando el mestizaje cultural entre ciudades: una de las expresivas variaciones que ha recibido en territorio samario ha sido cambiar la última parte por, «que vengo del barrio donde se hace maní».

Los cantos y pregones urbanos recorren todas nuestras ciudades, en una de esas hermosas costumbres, heredadas de las más lejanas formas de publicidad, cuando los mercaderes anunciaban a viva voz sus productos para la venta. En Colombia nos despertamos con los más disímiles y estupendos cantos, que el ingenio popular la fonética y la personalidad de cada región han venido adaptando según las circunstancias. En Bogotá los dos diarios matutinos se han convertido en una sola voz: «Tiempetador» o «Tiempoepetador»; en Cali ha nacido el apócope, «Tiempopaís», en Medellín subsisten las pitadas características de los capadores que soplan afiladores y fontaneros, en las ciudades de la costa, la venta ambulante conseguida mediante los anuncios corales alcanza su máxima expresión y desde las voces que proclaman pescados de todas clases, hasta las ofertas para realizar viajes y paseos turísticos por los alrededores de playas y ciudades se realiza, sin duda, una de las más eficaces técnicas de convencimiento con que cuenta el comercio de tales regiones.

En las horas de la tarde, la fiesta continúa y aparecen los nuevos productos. En las ciudades de occidente comienza la venta del delicioso «Pandebono», «el chonatuuumaduuro» y «el mangooviche», al igual que los gritos del plomero que ha convertido el 'se arreglan lavamanos y otras cosas' en ': «Labsearreglan»; en Bogotá las recogedoras gritan, «boteella-papeel»; en la costa la venta de butifarra, emplea unos golpecitos en los platoes metálicos donde transportan el producto para recordar sus ofertas en técnica similar a los paleteros; en todas las ciudades siguen transcurriendo las horas mientras los pregoneros nos anuncian sus ruegos comerciales. En las horas de la noche los cantos ceden, pero no tanto para evitar que el sábado en la noche salgan de la oscuridad los gloriosos y utópicos gritos que anuncian a todos los vientos, en la Cali pachanguera y nocturna, «El País de mañana».

De este modo Colombia urbana se canta a sí misma todos los días. La melodía de las voces, la pronunciación y toda clase de estrategias de ruidos y ritmos callejeros merecerían ser conservados para nuestra futura memoria, antes de que diversas circunstancias los hagan desaparecer por completo. Aquellas canciones de circo que anunciaban la llegada de la venta de helados, por ejemplo, o las voces ya nostálgicas, «pooolares-polares», ya han desaparecido. Las ciudades que cantan conservan una vitalidad que hace pensar en extrañas fuerzas espirituales. Una ciudad en completo silencio, si ello fuese posible, produciría el efecto contrario.





La tienda del barrio

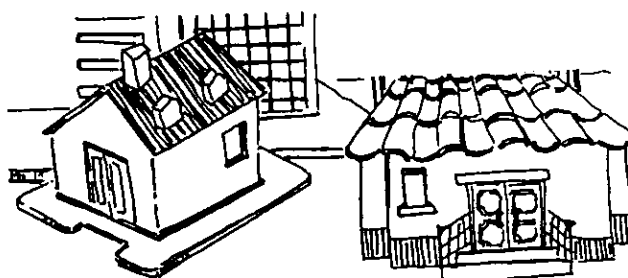
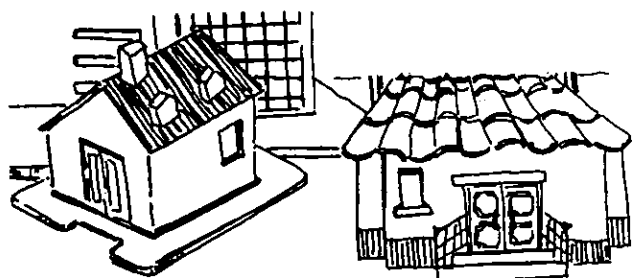
En la tienda del Sr. Jacinto Rodríguez todos acostumbrábamos a comprar lo necesario: desde el pan y la leche del desayuno hasta las verduras y los granos para la sopa de la noche. Así lo manifestó recientemente una señora bogotana al autor de esta columna, pidiéndome recoger ese recuerdo en alguna «Ciudad Imaginada». La compra se hacía diariamente, allí se realizaba el encuentro con la vecina, los bultos de los productos estaban a la vista y Don Jacinto, en caso necesario, hacía préstamos a sus vecinos mientras llegaba el día de pago.

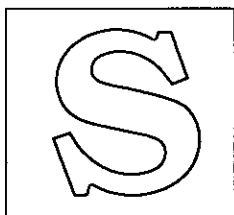
Poco a poco, fueron llegando almacenes como Ley y Vida. Más adelante Carulla y Pomona. Luego los supermercados Cafam y Colsubsidio. Ahora los 'super' Super Tres, Super-Tienda; Super-Rápido y entonces la velocidad y la especialización van dominando el mercado. La tienda fue -y en algunos casos sigue siendo- el centro de comunicación social de los habitantes, en ese espacio, por lo general situado en una esquina o en lugar visible y bien transitado, las señoras hablaban de día (pues entonces los «hombres en la cocina olían a rala de Gallina») y por la noche los varones solían pasar a tomarse algunas agrias o a pagar la cuenta de la señora. Allí llegaba el forastero a pedir información necesaria y allí volvía, luego de estar instalado, a hacer sus compras -que se envolvían en taleguitos o papel color tienda- y a recoger y producir otros cuantos chismes, materia prima del circuito de información y control de los habitantes del barrio. La tienda, entonces, no sólo era mercado, sino una red fabulosa de intercambio de opi-

niones y un circuito cerrado y bastante confiable de lo que cada barrio -como aún hoy en cada pueblo- pensaba sobre el acontecer cotidiano.

Al examinar sus estandartes, de las que aún subsisten en varios rincones de la ciudad, podemos descubrir que allí se muestra todo cuanto hay en existencia, y podemos constatar que están preparadas para abastecer 'el diario' de sus vecinos. Sus productos, debidamente clasificados: en granos, huevos, panes, cajas, latas, lacteos, dulces y periódicos, aparecen y desaparecen con la misma vida diaria que las sostiene. Su cotidianidad produce asombro y un fuerte contraste se revela en nuestra mente: mientras la tienda misma como institución está cargada de recuerdo, de pasado y nostalgia, sus escaparates reales carecen de bodegas y, digamos, memoria futura, pues lo que muestran es para el día sin proyección posible.

No obstante creemos que la tienda no ha desaparecido. Se prolonga y se transforma; hoy las sorprendemos como panaderías y cafeterías; hoy no se dialoga tanto para todos, sino para el amigo que nos acompaña y con quien tomamos el tintico; hoy el propietario, que es mejor entenderlo como el administrador, poco nos habla a no ser para ofrecernos el servicio y cobramos la cuenta; hoy la tienda ha cambiado de muebles, los bultos desaparecen, el talego se volvió plástico y los productos que vende son ya por lo general transformados. En fin, la verdadera tienda tradicional, como me pidió que consignase la señora que motivo este escrito, empezó a desaparecer el día que don Jacinto se vió en la necesidad de instalar un gran aviso en todo el centro del mostrador que decía « Hoy no fío, mañana sí».





Televisión y ciudad

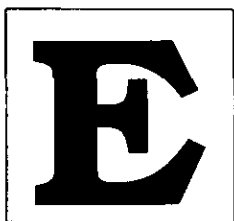
¿La televisión ejerce un poder es a través de su máxima capacidad de visibilidad. En la máquina panóptica estudiada por algunos sociólogos y que consiste en un edificio (por ejemplo una cárcel) construido de modo que «se puede ver todo su interior desde un solo punto», ya estaba planteado el problema, pues el vigilante puede ver todo de una mirada sin ser visto por los vigilados.

¿Qué pasa hoy con la ciudad contemporánea? Grande, fragmentada, compleja e incomunicada. Mientras más crece, más se dificulta el encuentro entre amigos o familiares. La familia misma pierde hoy su poder de convocatoria y se refuerza, como lo explica un investigador (Horkheimer) en su núcleo central: padres e hijos, manteniéndose estos últimos, hasta la edad, por lo demás rápida, de separación; así tenemos diseñada la familia-individuo que deja de ver y visitar a los otros miembros (abuelos, tíos, primos, etc) y a otros amigos queridos. Las grandes distancias, las dificultades en el transporte, el cansancio y agotamiento de la jornada diaria en el trabajo o el estudio ayudan a aumentar la necesidad de aislamiento; en una casa, en algún pequeño apartamento y, para colmo del sopor, en grandes-pequeñas concentraciones de edificios, donde se atrincheró hoy la clase media, para no decir la popular y buena parte de la alta, de las grandes ciudades colombianas, que han hecho del tugurio, con una inmensa antena parabólica, un modelo de vida urbana: por ganar seguridad y valorización, se pierde frescura, espacio y campo de visión.

A todas estas tenemos que preguntarnos ¿qué papel cumple la televisión? No es absurdo explicitar una relación entre ciudad y televisión: el tiempo

y las emociones que sustraemos a la anterior organización social basada en la presencia física de los miembros de las pequeñas células sociales (como tribus o familias) va siendo, en parte, reabsorbido por la tele-presencia de esa exótica y fundamental maquinita del siglo XX. De este modo es como «el individuo mantiene una relación privada con el mundo» (Sodré). Esa tele-realidad se convierte en un estupendo simulacro de la cotidianidad por medio de la cual vemos todo lo que pasa en el mundo alimentando la sensación de vida privada en público y de lo público en privado. La tele (de lejos) ayuda a engendrar ese nuevo sujeto urbanizado que ve a todo el mundo desde una diminuta ventanita, sobre la cual no tiene ningún control y en la mayoría de los casos ni siquiera sospecha del poder de que esta dotada.

La tele, entonces, actúa como especie de panóptico que nos controla la mirada: nos enseña lo que podemos comprar y consumir por medio de la publicidad, nos ilustra los modelos de sexualidad y belleza en los personajes que admiramos; nos enseña lo bueno y lo malo como instancias éticas y políticas en los programas de opinión; nos jerarquiza el mundo presente a través de los noticieros; nos cuadra los horarios diarios, como la hora de la cena, de estudio o del descanso; nos entrega, en fin, un imaginario, así sea recortado y repetitivo, del ensueño personal y social por parte de las telenovelas y la ficción elegida en los filmes que nos permite ver. A pesar de todo no podemos vivir hoy sin la televisión y el problema no es buscar su destrucción, sino su nueva conquista. ¿Cómo hacer para que la tele no sólo nos ordene y planifique sino nos ayude en la liberación de necesidades sociales, de creatividad política de fantasías y ensueños? En eso consiste la utopía urbana de la televisión al servicio de otros nuevos ciudadanos.



La ciudad telemática

En el transcurso de los últimos años se viene produciendo un extraordinario desarrollo de la informática y de las tecnologías de la información al servicio de la ciudad, lo cual constituye un nuevo capítulo de reflexión del ser urbano. La revolución empieza a perfilarse entre el panorama pos-industrial de hoy y el paraíso telemático en proceso. La ciudad es el escenario de tantos cambios: con un teléfono y un videoterminal se podrá hacer de todo; las compras del supermercado, las reuniones de negocios, los movimientos bancarios e, incluso, citas eróticas, ya que una pareja sintonizada a través del televideo podrá hacer de las suyas a pesar de tratarse de una correspondencia de imágenes, solo imágenes.

Todos los diferentes progresos del computador, del teléfono y el video que en su unión constituyen la videotelemática y que han originado tecnologías como las del Minitel en Francia, aparato anexo al teléfono que sirve para pedir todo tipo de información, como un directorio telefónico, pero con imágenes vivas e información del instante (sobre valor de cambio de monedas extranjeras, o programación cultural del día en París), va acompañado de nuevas presencias de los Tele-Medios. La radio hoy en día permanece mucho más cerca a la vida diaria del oyente: se escucha radio en el dormitorio y luego en el baño, en el carro o bus; se sigue la radio en la cocina y a la hora de las comidas. Algo parecido pasa con la televisión, que poco a poco se vuelve más ambiental y ya la gente no la usa 'para

verla' sino como compañía que llena el ambiente y así siempre está prendida, en significativa humanización del aparato. Llegamos, así, a una paradoja interesante y es que al tratarse de la radio, y en muchas ocasiones la misma T.V., la selección de un programa ya no depende de un particular interés, sino del tiempo que requiere para preparar una comida o, en los casos en que se usa como sedante, del tiempo necesario para dormir, para que luego el aparato siga hablando solo hasta el otro día del amanecer del ciudadano atolondrado que debe empezar por sacudirse de tantas voces ajenas.

La pregunta, entonces, es qué pasa en la vida urbana bajo el desarrollo de tantas tele-presencias (tele, significa de lejos). Muy posiblemente el ciudadano va a encontrarse más solo, pero quizás con menos stress. La vida se va tornando más imagen, en el sentido de muchas presencias no carnales sino convencionales y a distancia; la ciudad de la misma manera va cambiando su mobiliario: las antenas se agrandan, los computadores hablan por sus dueños (como cualquier animal doméstico) para seleccionar y prever las necesidades del día, la semana, el mes, el año. Y entonces deberán ir naciendo nuevos movimientos de arte que proclamarán el encuentro con el semejante carnal: volver a la plaza pública, no más radio ni T.V., ¡Qué nos devuelvan los ruidos y las colas de la ciudad; queremos sentir al otro de carne y hueso!, podría ser un mensaje angustiado transmitido al resto de ciudadanos desde algún centro telemático tomado a la fuerza, que va a recordar el parecido con las antiguas consignas murales de estudiantes y revoltosos.

